

Alto, robusto, inexpresivo, ojos oscuros, pequeños, vivos, nariz ancha, de alas sensualmente abiertas, barba y cabellos ligeramente rizados, manos de marqués. Parsimonioso y zurdo continente, hablar pausado y un *si es no es* tartamudeante, pero siempre ático y fino... Orgullosa, sibarita y *gourmet* de buena cepa. Solíamos regalarnos de ricos faisanes dorados, galantinas, trufas. Es bueno, es un niño, un niño egoísta o tierno, caprichoso o sereno, celoso de sus cariños, susceptible como una violeta... Un gran niño nervioso.

En septiembre de 1900 viaja por Italia. Siente el silencio y el fervor de los prados idílicos con *fraticellos* y campanarios de cenobios del *cuatrocento*. Besa la mano al Papa León XIII y llora, incontinente, de una gran emoción religiosa.

Bélgica, Alemania, Italia, Inglaterra, Austria y Hungría. Rubén va incorporando toda Europa a su poesía orquestal. Vuelve a España y realiza demorados viajes por la Península. Cada vez más sensitivo, más «niño nervioso», más tomado por el alcohol, reparte su vida entre Madrid y París.

Invitado por el Ateneo de Madrid a tomar parte en una sesión solemne, llega la víspera del acto sin que el poeta haya preparado nada. Y en una noche, memorable para la poesía castellana, escribe el poema «La salutación del optimista». La lectura es un acontecimiento lírico importantísimo. Y en el oído de los poetas jóvenes que le escuchan queda, como flotando, incisivo, insistente, el verso largo del gran poema, el ritmo anapéstico de «La salutación». El libro definitivo *Cantos de vida y esperanza* es publicado el año 1905; profundo, pleno, personalísimo. El libro más representativo de la obra total de Rubén. Y el más hispano: sensualidad y austeridad; abnegación y descaecimiento; idolatría y cristianismo.

En 1906 va a Río de Janeiro, como secretario de la delegación nicaragüense en la Conferencia Panamericana. Regresa a España y visita, por vez primera, Palma de Mallorca.

El año 1907 vuelve a Nicaragua y su visita levanta una verdadera apoteosis de entusiasmos. Y el 1909, el Gobierno nicaragüense le nombra su ministro en Madrid.

Otra vez España. Madrid. Puerta del Sol. Hotel París. La capital española le es ya familiar. Presentación de credenciales. Alabarderos de Palacio. Campo del Moro, con violetas húmedas y viejas evocaciones borbónicas. Carrozas doradas. Y en la Corte una reina joven, bellísima, desleída en nácares, que le impresiona vivamente. Vive Rubén en la calle de Serrano y luego en la de Claudio Coello.

De nuevo París: bohemia y desgana de todo. El año 1910 recibe el nombramiento de ministro extraordinario para asistir a las fiestas

del Centenario de México, a cuya capital no puede llegar porque ha estallado una revolución. Se detiene en Cuba y allí vive unos meses.

En París le proponen la dirección de la revista *Mundial*, y sus dueños, unos banqueros uruguayos, explotan su nombre y le obligan a viajes y banquetes, para conseguir publicidad. Rubén está muy enfermo del cuerpo y del alma, y un buen día logra escapar de los hermanos Guido, propietarios de la revista, y refugiarse en Palma de Mallorca en busca de paz y de salud. Enfermo y dolorido llega a la Cartuja de Valldemosa, donde el silencio del lugar le remueve los sentimientos religiosos más íntimos. «Tuvo —escribe uno de sus biógrafos— arrepentimiento y puso a los pies de Jesucristo su pobre alma acribillada de dolores y pecados...». «Un día quiso hacerse cartujo; otro día se confesó con un sacerdote y lloró arrepentido; una tarde yendo de Valldemosa a Palma, descendió de su coche, y de hinojos en el camino, rezó un Padrenuestro... Y otro día, sobresaltado de eternidad, entre temeroso y esperanzado, escribió un poema impresionante que es resumen de aquel estado espiritual:

*Este vetusto monasterio ha visto,  
secos de orar y pálidos de ayuno,  
con el breviario y con el Santo Cristo,  
a los callados hijos de San Bruno.*

*A los que en su existencia solitaria,  
con la locura de la Cruz y al vuelo  
místicamente azul de la plegaria,  
fueron a Dios en busca de consuelo.*

*Mortificaron con las disciplinas  
y los cilicios la carne mortal  
y opusieron, orando, las divinas  
ansias celestes al furor sexual.*

*La soledad que amaba Jeremías,  
el misterioso profesor de llanto,  
y el silencio, en que encuentran armonías  
el soñador, el místico y el santo,*

*fueron para ellos minas de diamantes  
que cavan los mineros serafines  
a la luz de los cirios parpadeantes  
y al son de las campanas de maitines.*

*Gustaron las harinas celestiales  
en el maravilloso simulacro,  
herido el cuerpo bajo los sayales,  
el espíritu ardiente en amor sacro.*

*Vieron la nada amarga de este mundo,  
pozos de horror y dolores extremos,  
y hallaron el concepto más profundo  
en el profundo De morir tenemos.*

El cantor de los Versalles galantes, las princesas Eulalias, las japerías de imitación y los nelumbos orientales, sabe ahora meter el castellano en pardos sayales de austeridades y renunciaciones.

Sin voluntad, va y viene el poeta, como una hoja mecida por el soplo del destino. Barcelona, París, otra vez Barcelona. La enfermedad le va minando. En Cataluña le rodean los intelectuales del momento, entre ellos Santiago Rusiñol, Eugenio d'Ors... Francisca Sánchez y su hijo Güicho viven con él. 1914. Estalla la gran guerra. Rubén está agotado, pero aún intenta volver a América para dar una serie de conferencias en los Estados Unidos. En vano Francisca Sánchez quiere disuadirle. Un día, un día cualquiera, se marcha dejando a la amante y al hijo. Francisca le ve partir en el puerto barcelonés acaso repitiendo aquellos versos con que el poeta la había regalado en los días claros de amor y de esperanza:

*Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez, acompáñame...*  
... ..  
*Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe.  
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,  
Francisca Sánchez acompáñame!*

Pero ahora Rubén está lejos de aquella ternura juvenil que le despertara la moza castellana entre los jardines del Campo del Moro.

Las conferencias proyectadas no pueden celebrarse por el ambiente bélico, poco propicio a la literatura, que se respira en los Estados Unidos. Rubén llega a Guatemala, enfermo, arrepentido, muy tomado de Dios, y es allí adonde acude Rosario Murillo, su mujer. De vuelta a Nicaragua deciden operarle de cirrosis epática y a los dos días de la operación muere en León, oyendo aquellas campanas que tanto miedo le daban cuando era niño. Tenía cincuenta años y era el día 16 de febrero de 1916.

El obispo de León y varios sacerdotes amigos le auxiliaron en los últimos momentos. Su cuerpo descansa, ahora, en la catedral de León, de Nicaragua, la ciudad que guarda el perfil hispano con que la signaron sus fundadores.



A través de la vida de Rubén Darío hemos ido viendo cómo el poeta se sintió americano universal con fondo de España, o español americano con fondo de universo. Toda Europa y toda América, con ensoñaciones de los cinco continentes, pasan por la vida y la obra del gran poeta. Pasan—decimos—; cruzan, vuelan. Sólo España permanece en él.

Por el mar vino a España y el mar se lo llevó para siempre. Mar de Hispania, mar de una hispanidad que él llegó a comprender, tarde quizá, pero acertadamente. Todos los coqueteos parisienses o versallescicos caen, como una tramoya facilona, ante la presencia inenarrable del mar de España. El mar que le hizo desembarcar en Santander, buscar salud en Málaga o dialogar con Dios en Mallorca. Los litorales le atraían, por eso mismo, más que el interior, más aún que el Madrid cortesano que tanto amaba. Juan Ramón Jiménez lo ha dicho como nadie, con su lírica prosa incisiva y única. «El capricho de la onda incesante de las figuraciones—dice—trae a mi imaginación un Rubén Darío marino, salido quizá de la fotografía que me dio en Madrid... Un Rubén Darío con uniforme blanco, veraniego, de ¿capitán de navío?... ¡Cuánto he pensado que Rubén Darío era, no un lobo de mar, un raro monstruo humano marino, bárbaro y exquisito a la vez! Siempre fue, para mí, mucho más ente de mar que de tierra. Al paisaje polvoriento poco le sorprendí entregado; creo que no sentía bastante lo pedrero; la arena ya le encontraba la planta... Lo vi, mucho, tomando, con su whisky, mariscos. El mismo tenía algo de gran marisco náufrago. Y, sin duda, su instrumento sonoro favorito era el caracol. Su poesía ¿no es una cantata de caracol y lira?». Y aun añade: «Su palabra favorita, "archipiélago". Cuando se la decía hacia dentro, parecía que se la estaba engullendo como una docena de ostras, con gula de gigante marino enamorado...».

Y esa fuerza marina, casi cósmica, que había en él, le llevaba y le traía a España, ciegamente, frenéticamente, insospechadamente. Transfigurado de esencias marinas y españolas, supo escuchar, como nadie, el poderoso rumor del mar:

*... y oigo un rumor de olas y un incógnito acento...*